Elena Ortega Mateos

RUTA 61

Un viaje sonoro siguiendo el Misisipi



ANAYA
TOURING

Elena Ortega Mateos

RUTA 61

Un viaje sonoro siguiendo el Misisipi



ANAYA
TOURING

ÍNDICE

PRÓLOGO 8

INTRODUCCIÓN 10

1ª ETAPA. ARRANCANDO EN LA CUNA DEL JAZZ, NUEVA ORLEANS 14

2ª ETAPA. ADENTRÁNDOME EN EL MISISIPI..... 40

3ª ETAPA. BUSCANDO LAS RAÍCES DEL BLUES EN EL DELTA 62

4ª ETAPA. TRAS LOS PASOS DE ELVIS DESDE TUPELO A MEMPHIS..... 86

5ª ETAPA. SALTANDO DEL BLUES AL COUNTRY EN NASHVILLE 110

6ª ETAPA. SIGUIENDO LAS AVENTURAS DE TOW SAWYER 128

7ª ETAPA. DESCUBRIENDO LA CAPITAL DEL BLUES EN CHICAGO 146

8ª ETAPA. LLEGANDO AL NACIMIENTO DEL RÍO MISISIPI CON BOB DYLAN..... 168


Ruta
61
RUTA 61
ETAPAS
POBLACIONES PRINCIPALES
RUTA 61
Lago Superior
Lago Itasca
Duluth
MICHIGAN
WISCONSIN
Minneapolis
St Paul
Wabasha
MINNESOTA
La Crosse
Lago Michigan
Madison
Chicago
Misisipi
IOWA
Des Moines
ILLINOIS
Lincoln
Indianapolis
Springfield
INDIANA
Misuri
Hannibal
Kansas City
Topeka
San Luis
Francfort
Ohio
Jefferson City
KANSAS
MISURI
Ste. Genevieve
KENTUCKY
Nashville
TENNESSEE
Arkansas
ARKANSAS
Memphis
Tennessee
Oklahoma City
OKLAHOMA
Little Rock
Tunica
Oxford
Clarksdale
Tupelo
Cleveland
ALABAMA
Leland
Indianola
Greenwood
Montgomery
Vicksburg
MISISIPI
TEXAS
LUISIANA
Misisipi
Natchez
Alabama
FLORIDA
Baton Rouge
Nueva Orleans
EL SIMBOLO
En el cruce entre las carreteras 49 y 61 hay un “crossroad”. La leyenda explica que el guitarrista Robert Johnson vendió aquí su alma al diablo para alcanzar la gloria musical.

PRÓLOGO

Por Josep M. Palau Riberaygua

EL RÍO QUE NOS LLEVA

El blues siempre ha sido más que un género musical: es memoria compartida, el pulso que atraviesa carreteras y ciudades, que une paisajes y personas a lo largo de esa diagonal que tiene al río Misisipi como arteria principal. Remontándolo a contracorriente –como le gusta hacer las cosas a la periodista Elena Ortega–, desde Nueva Orleans hasta el estado de Minnesota, la llamada *Ruta del Blues* se convierte en un viaje que no solo cruza estados, sino también biografías propias y ajenas.

Para esta periodista de viajes, el itinerario tiene resonancias íntimas: un regreso a la música que siempre ha estado presente en su vida familiar. Durante décadas, el apellido Ortega formó parte de otro latido, en este caso del latido musical de España. La familia fundó Real Musical, emblemática institución que fue refugio de generaciones enteras de músicos, un lugar de encuentro para melómanos que buscaban en sus tiendas su primer instrumento o un sueño musical que empezaba a tomar forma. Allí, entre pianos de cola y partituras, la autora creció escuchando las historias de los músicos que iban y venían, así como los relatos de su padre, Isidro Ortega, cuyas actuaciones y colaboraciones con artistas como Felipe Campuzano le transmitieron esa pasión por el lenguaje sonoro que ella ha reinterpretado con la ayuda de otras teclas... de ordenador. Por eso creo que, cuando Elena emprende la ruta del blues, lo hace con una doble mirada: la de la periodista acostumbrada a disfrutar del mundo y contarlo, y la de la mujer que vuelve a encontrarse con una música que forma parte de su ADN.

Nueva Orleans es el inicio de esta travesía. En Frenchmen Street, donde cada local parece una prolongación de la calle, reconoce esa vitalidad musical que siempre ha respirado en su casa. En el barrio de Tremé, cuando se cuela en una de sus tradicionales procesiones de jazz, comprueba que la música es capaz de suavizar la aspereza del dolor y la distancia.

Siguiendo el curso del Misisipi, llegan las paradas inevitables: Baton Rouge, Natchez, Leland, Indianola... y, más tarde, Clarksdale. En esta última, el mítico *Crossroads* le recuerda las leyendas de Robert Johnson y los pactos imposibles que dieron forma a un mito. Y en los modestos *juke joints* de madera reconoce que el blues, como las composiciones de su padre, sobrevive porque siempre encuentra a alguien dispuesto a escucharlo. En la melodía no falta una pizca de historia local, de epopeya de esclavos.

Memphis le ofrece otro escenario: Beale Street, vibrante y bulliciosa, con sus neones y guitarras. Para Elena, que ha escrito durante años sobre ciudades y paisajes, pocas veces un lugar encarna tan bien el mito del triunfo musical. Su oído se detiene en las voces que se mezclan con los *riffs* y en la complicidad entre desconocidos que comparten canción como quien comparte un cigarrillo, sentados en corro a la espera del momento en que les toque entonar su propia composición. Antes con Elvis y ahora con "santa" Taylor Swift en el altar –como pasa en Nashville–, con tantas estrellas por descubrir en el Grand Ole Opry, el programa de música country con más solera del país. No faltarán aquí las botas camperas, que en este caso quizá sean de siete leguas: "these boots are made for walkin'..."

El trayecto hacia Chicago es largo y da tiempo para pensar. Como tantos afroamericanos que migraron al norte, llevando consigo el blues como equipaje, la periodista viaja en busca de los paisajes que inspiraron tantos temas, hasta culminar la búsqueda en Chicago. Es en clubes como el Buddy Guy's Legend donde se encuentra con el propio Buddy y con toda la fuerza del blues urbano: eléctrico, moderno, y al mismo tiempo, fiel a su raíz. Allí comprende que esta música no es solo un género, sino un legado que evoluciona, a veces escondido en barrios periféricos donde el recuerdo de los Hermanos Marx advierte que no hay que tomarse las cosas tan en serio. *Things have changed*, añade Bob Dylan desde Duluth, Minnesota, donde nació.

Las últimas páginas llevan al lago Itasca, donde nace el Padre de las Aguas, esa corriente que atraviesa diez estados y centenares de maneras de ser. Porque, al final, recorrer la ruta del blues no solo es seguir una carretera. Es escuchar cómo la corriente del Misisipi toca notas invisibles, cómo cada ciudad guarda un secreto en forma de canción, cómo una cultura nacida del dolor y el exilio se convierte en celebración compartida. Elena Ortega lo cuenta mientras reconoce en cada acorde un pedazo de historia personal. Y así, al cerrar su cuaderno de viaje, comprende que el blues no se acaba nunca. Vive en el asfalto de la carretera, en las luces de un club, en la memoria de quienes lo tocan y de quienes lo escuchan. Como todo viaje que se vive de verdad, la música no conduce a un destino, sino a un estado de ánimo. Aunque sea a contracorriente, que para seguir el río desde el nacimiento hasta el mar como hacen todos, siempre hay tiempo.

INTRODUCCIÓN

Siempre he sentido que los caminos más interesantes transcurren por carreteras secundarias, aquellas ocultas en inesperados paisajes que obligan a bajar la velocidad y a escuchar todo lo que el territorio desea contar. Quizá por eso pocas rutas suenan tan intensamente como la que acompaña al Padre de las Aguas.

Hay ríos que son simples accidentes geográficos. Otros, en cambio, son historias en constante movimiento. El Misisipi pertenece a esta segunda categoría, una corriente donde se diluyen siglos de historia, cultura, viajes, sueños y mucha música. Además de ser uno de los ríos más largos del planeta –el cuarto más extenso del mundo como parte del sistema Misisipi-Misuri– es la columna vertebral de Estados Unidos.

Su nacimiento, en el lago Itasca de Minnesota, marca el inicio de un recorrido de casi 3.800 kilómetros en los que atraviesa diez estados –definiendo las fronteras de todos excepto de Minnesota y Luisiana, donde cruza por el centro– hasta desembocar en el golfo de México, cerca de Nueva Orleans. El nombre Misisipi procede de la lengua del pueblo indígena ojibwa, que habitaba en la región de los Grandes Lagos, y significa "Padre de las Aguas", un término que define a la perfección su historia. Durante siglos fue camino de exploradores, arteria económica y escenario de conflictos decisivos. Sin él no se entendería la expansión de Estados Unidos hacia el oeste, ni el comercio del algodón ni la Guerra de Secesión. Pero tampoco comprenderíamos la música que transformó el mundo, porque seguramente, sin esta carretera fluvial, no escucharíamos la música que escuchamos hoy.

En sus orillas nació el blues. Brotó de los lamentos desgarrados de los esclavos en los campos de algodón tras interminables jornadas bajo el sol del Delta. Aquellos cantos mezclaban ritmos africanos con una dura vida convertida en música, porque la

música siempre consigue alegrar el alma. Desde el sur, el blues viajó a ciudades como Memphis, San Luis o Chicago entre 1916 y 1970, durante la Gran Migración, cuando millones de afroamericanos abandonaron su vida rural en busca de las oportunidades que ofrecían las ciudades del norte. En ellas, el blues se volvió más potente, dando origen a nuevos sonidos como el rock and roll.

Paralela al río apareció, en 1926, la protagonista de esta historia, la Highway 61. Su trazado original partía del centro de Nueva Orleans para cruzar la región del Delta del Misisipi y ciudades como Memphis o San Luis, y seguir, a continuación, rumbo al lago Superior, en Minnesota, donde alcanzaba la frontera canadiense. A lo largo de este camino vivieron muchos de los artistas más influyentes de la música estadounidense, entre los que figuraban Louis Armstrong, B.B. King, Robert Johnson, Muddy Waters, Tina Turner, Elvis Presley o Bob Dylan. Para ellos, la carretera era una promesa de futuro, la posibilidad de hacer las maletas y buscar otra vida. Así, la Ruta 61 se convirtió en la carretera más larga del mundo, porque a través de ella podían conectar con cualquier otra. No es de extrañar que numerosos músicos le dedicaran canciones a este símbolo de libertad, como Dylan con su álbum "*Highway 61 Revisited*", encargado de consolidar este eje cultural y de conectar pasado y presente.

De esta gran avenida de América nace el libro que tienes en tus manos.

Durante años, tuve el sueño de recorrer la ruta para comprender por mí misma toda su importancia y seguir sus huellas musicales, pero también las de otros personajes que cambiaron la historia de la literatura y de los derechos civiles, como William Faulkner, Tennessee Williams, Mark Twain o Martin Luther King. La idea surgió

hace ya más de una década. En aquel momento me sorprendió descubrir que, a pesar de su importancia histórica, apenas existían libros que la recorrieran completa y en profundidad, siguiendo toda su dimensión cultural. Aquella ausencia avivó este proyecto. Y así comenzó la aventura.

Mientras el Misisipi fluye de norte a sur, decidí que yo viajaría de sur a norte, desde Nueva Orleans hasta el nacimiento del río. Hacerlo así tenía todo el sentido del mundo. Además de seguir el origen de la carretera, también seguiría el camino de la música y comprendería la evolución de los artistas que años antes habían tomado esa misma ruta. Pero este trayecto, además de suponer la oportunidad de encontrarme con los músicos que siguen dando forma al sonido actual, también sería un viaje con un trasfondo personal.

Crecí en una familia donde la música siempre estuvo presente. Tal vez por eso, aunque durante años soñé con escribir una novela, terminó apareciendo este libro, que, de manera inevitable, tiene algo de novela entremezclada con mis propias vivencias. Quería rendir homenaje a mis padres y abuelos, a mi herencia musical, y entender el origen de las canciones que nos acompañan y las historias detrás de ellas.

Este libro es el resultado de 5.000 kilómetros de conducción, 73 horas al volante, 21 festivales y conciertos, innumerables desvíos, conversaciones con desconocidos que han llegado a ser amigos y momentos transformadores. A mi lado viaja una persona muy especial, alguien que comparte conmigo tanto el placer de descubrir lugares nuevos guiados por la música como el de pasar horas en la carretera simplemente observando, puesto que viajar también es reflexionar, un aprendizaje constante.

Pero en realidad, en este coche somos muchos más. Porque, desde el momento en que tú, querido lector, pasas estas páginas, también te conviertes en mi compañero de ruta. Así que ponte cómodo, sube el volumen y... ¡arrancamos!

¡Bienvenido a la Ruta 61!

La banda sonora de la Ruta 61

LUISIANA

NUEVA ORLEANS

ARRANCANDO EN LA

CUNA DEL JAZZ

Etapa 1

La cuna del Jazz

JAZZ



Louis Armstrong



Barrio francés



Tranvía en funcionamiento

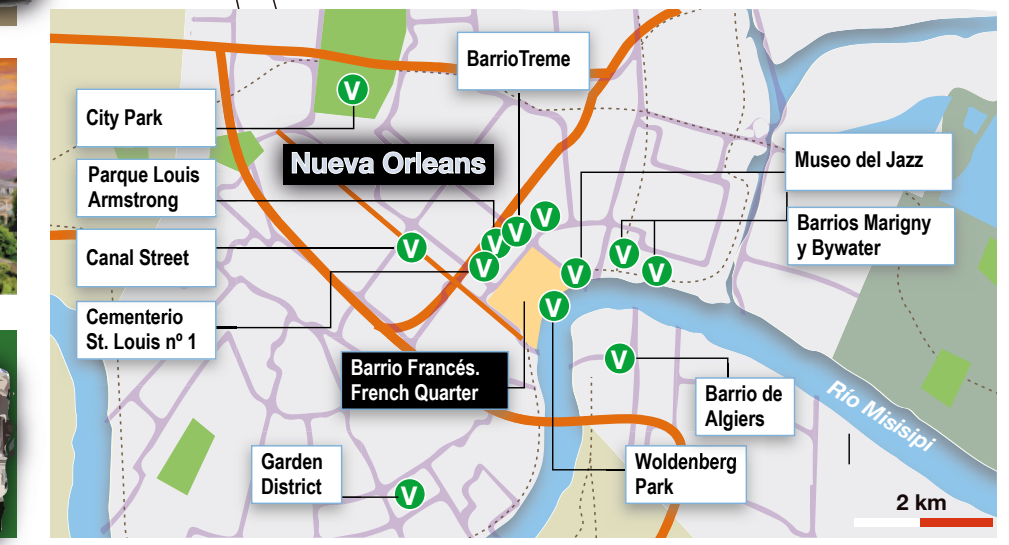


Jackson Square









NUEVA ORLEANS ARRANCANDO EN LA CUNA DEL JAZZ

Un trombón me corta el paso. Me cuelo delante de él para hacer hueco a un señor de nobles canas. Me recompensa con una sonrisa escondida tras un gran habano. Hoy viste sus mejores galas: una camisa naranja ardiente rematada con una pajarita a juego, en contraste con una gorra y un chaleco en tonos crema. En sus manos porta dos enormes abanicos de plumas que agita con estilo. Muy de cerca le sigue un joven empapado en sudor, chocando un platillo montado sobre un bombo que esquivo con maestría para no acabar hecha un sándwich. De repente, me veo bajo una lluvia de paraguas blancos, rodeada de los músicos y bailarines de la "Undefeated Divas, Gents and Kids", una de las numerosas *second lines* que recorren el barrio de Tremé. Suena, pegadiza, *When the Saints Go Marching In*. Con esta canción es imposible contener el cuerpo. Todo el mundo baila. Entre risas y codazos, tengo la sensación de haberme sumergido demasiado rápido en el ambiente que venía a buscar.

Hemos llegado aquí por casualidad, siguiendo la estela de los instrumentos que entonaban una melodía desde el interior de la parroquia católica afroamericana de San Agustín, una de las más antiguas de Estados Unidos. Su misa góspel de los domingos me había transportado a la iglesia de San Martín, en el Trujillo de mi infancia, donde un órgano del siglo XVIII rompía el silencio con las notas de J. S. Bach pulsadas por los estilizados dedos de mi pianista favorito: mi padre.

Y así, como guiados por la flauta de Hamelín, nos hemos visto envueltos en una procesión musical que transporta el ritmo de trompetas, trombones, tubas y bombos de calle en calle, recorriendo varias manzanas hasta llegar al Museo del Jazz.

En el recinto no cabe un alfiler. El ambiente está impregnado del delicioso aroma picante de especias que emana de los puestos callejeros. Sobre el escenario, un pianista –al que he visto actuar hace dos noches– toca de espaldas al teclado, abandonado al éxtasis de la música. Todo está preparado para dar comienzo a un festejo muy especial. El homenajeado es Louis Armstrong, el eterno Satchmo. Por un momento me parece escuchar su voz ronca y profunda. Mañana es 4 de agosto, su cumpleaños, y lo celebramos donde todo empezó: Nueva Orleans.

Hace ya unos días que aterrizamos en el aeropuerto, bautizado en honor al famoso trompetista originario de la ciudad, con la ilusión de ser recibidos por sus notas de jazz sonando continuamente por los altavoces de la terminal. Siempre olvido este detalle al aterrizar aquí y siempre me invade un espontáneo estallido de alegría. Nuestra nueva aventura lleva la música de apertura de una película de Woody Allen.

Pocos lugares en Estados Unidos poseen una personalidad tan definida y festiva como Nueva Orleans. Hogar de Truman Capote y de los premios Pulitzer Tennessee Williams y John Kennedy Toole, entre otros, su imparable vitalidad arrolladora ha sido mucho más que fuente de inspiración para literatos locales y foráneos. Sí, la reina indiscutible del Misisipi, tiene alma de jazz, destilando una energía contagiosa incluso para quienes no comulgan con este estilo musical. Nadie se resiste a su irremediable embrujo, capaz de transformar cualquier circunstancia en una celebración.

En mi reencuentro con una de mis ciudades favoritas, evoco la atmósfera de *Un tranvía llamado deseo*. Me parece divisar a lo lejos a Vivien Leigh y Marlon Brando hablando con Tennessee Williams. Es una ensoñación, una quimera o un "ente de razón", como dirían los escritores clásicos.

En Canal Street, antigua frontera entre los criollos y los angloamericanos asentados en estas tierras tras la Compra de Luisiana, el trasiego de peatones cruzando del Barrio Francés al distrito financiero es constante.

Sentados en el banco de madera de un icónico tranvía, nos dejamos acunar por el rítmico traqueteo mientras contemplamos los rascacielos del Arts District. Por las ventanas se cuela una sutil brisa húmeda refrescando el ambiente. Nos adentramos en la avenida St. Charles bajo túneles de imponentes robles cuyas ramas se estiran como tentáculos intentando alcanzar las bellas mansiones victorianas del Garden District.

Horas después, al otro lado del Misisipi, es en el barrio de Algiers donde encuentro la casa de mis sueños: una fachada salmón reluciente con balconadas blancas, idéntica a la casita de muñecas que tenía de niña. Casualmente está en venta. Soy más de letras que de números, pero un cálculo rápido aparca esa idea en un rincón de mi cabeza reservado para las fantasías.

A este antiguo barrio hemos venido con la idea de buscar intérpretes de jazz en las mismas calles en las que vivieron durante generaciones. Sin embargo, es en el ferri de regreso cuando, por fin, encontramos uno portando su trombón como quien lleva un maletín de camino a la oficina. Lo seguimos hasta Bourbon Street, donde se pierde entre los numerosos clubes musicales que flanquean la animada vía en la que los turistas alargan la fiesta en una batalla contra las agujas del reloj. Unos pasos más adelante, nuestra mirada se cruza con la de un músico con ganas de compartir su historia. Aviness tiene sesenta y cinco años y viste la chaqueta de veterano de guerra de su padre. No lo confirma, pero intuyo que vive en la calle. Le acompaña una bicicleta y su inseparable guitarra. Lo suyo es el blues, y no tarda en dedicarnos una pieza.

Es por su capacidad de convertir un instante al azar en un regalo inolvidable por lo que esta ciudad me resulta irresistiblemente adictiva. Cualquier silencio es inexistente aquí. La música invade las nostálgicas calles: una flauta abandonada en el quicio de una ventana, pianos rojos incansables iluminados por los neones de un club, una *jam session* en Jackson Square, las notas jazzísticas saliendo de los establecimientos de la calle Frenchmen, el tronar de una trompeta desde Preservation Hall. Incluso el trino de las aves se suma a la orquesta espontánea de Nueva Orleans.

El jazz, como género libre entregado a la improvisación, no deja de evolucionar. Entre los precursores del estilo moderno destaca el fallecido pianista Ellis Marsalis, reconocido educador y patriarca de la familia musical Marsalis. Recuerdo haber visto a su hijo trompetista, Wynton Marsalis, en Madrid hace unos años. Busco en mi correo electrónico y, efectivamente, ahí están las entradas de un concierto en julio de 2011. Esta noche es su hermano Delfeayo a quien vemos en directo en el Mahogany Jazz Hall. No puedo apartar la vista del pianista acompañante. Sus dedos sobrevuelan las teclas. De repente, se gira y empieza a tocar de espaldas, desafiando a un público boquiabierto. La melodía sigue sonando con naturalidad desde esta postura imposible. No es una excentricidad, sino una seña de identidad que aprendió siendo niño. Su nombre es Victor Campbell, un cubano que se abre paso con fuerza en la escena de Nueva Orleans. Tenía cinco años cuando empezó a estudiar con su madre, su primera maestra, quien le habló de esta técnica. Él lo intentó por curiosidad y acabó incorporándola como parte de su lenguaje musical.

–No es fácil –nos explica en el descanso–. Obliga a reorganizar el cerebro, a invertir los reflejos y a hacer que los hemisferios trabajen de otra forma.

El destino dio un giro decisivo a su carrera cuando, con apenas diecisiete años, fue seleccionado para participar en un campamento de verano de jazz impulsado por Wynton Marsalis. Años después, Campbell forma parte de esa conexión musical entre el Caribe y el delta del Misisipi en algo que él describe con una palabra muy local, "un *gumbo*". Tal vez por eso, cuando toca de espaldas al teclado, parece decir que a veces es necesario mirar en otra dirección para encontrar el camino. Así lo hizo con su aparición en la película *Sinners*, una oportunidad que le acerca a Hollywood, quién sabe si para un nuevo giro en su vida.

Al día siguiente, en una sala de decoración ecléctica, con un toque de salón parisino, tenemos la oportunidad de seguir profundizando en los músicos más representativos del ritmo actual de NOLA, tal y como también es conocida cariñosamente Nueva Orleans. Al micrófono, Robin Barnes nos deleita con su voz serena, envolviendo toda la sala sin dejar de sonreír con una mueca amplia semicubierta por sus rizos. Le acompaña su marido, Pat Casey, a la guitarra.

Cuando el concierto finaliza y el murmullo del público empieza a disolverse, nos concede unos minutos para conversar. Barnes recuerda sus inicios cantando góspel en la iglesia y jazz junto a su familia.

–Esto me dio la base para conectar con la música al mismo tiempo que recibía formación clásica en ópera –explica echando la vista atrás a una carrera en la que nunca ha dejado de reivindicar su herencia cultural–. A medida que crecía, incorporaba soul, funk y otros ritmos de Luisiana.

Habla con la misma calma y seguridad con la que canta, y no puedo evitar preguntarle si se pone nerviosa al subir al escenario. Sonríe y responde sin dudar:

–Siempre. Pero esos nervios no son un obstáculo.

Antes de cada actuación medita o reza unos minutos para volcar su emoción en el escenario.

–La industria se mueve muy rápido, pero la gente anhela la autenticidad. El jazz es insustituible –asegura–. Su latido es profundamente humano y comunitario.

Canturreando la versión "*Hey Na (Iko Iko)*" de Robin, volvemos a callejear por el Barrio Francés. Sus edificios coloniales son el hogar de fantasmas cuyas siluetas parecen vislumbrarse gracias a las lámparas de gas que cuelgan de los soportales. En mitad de la noche se disfrazan de los peculiares personajes que pasean por estas callejuelas cubiertas a veces por la neblina del Misisipi. En cada esquina aguardan leyendas de casas embrujadas, apariciones o maldiciones. Así nos lo cuenta un guía frente a la mansión de la terrorífica Madame Lalaurie, una asesina en serie de la alta *socialité* criolla del siglo XIX. Entre sombras, distingo a un hombre con sombrero y gabardina fumando en pipa, anacrónico e imperturbable ante el bochorno estival. Tal vez el guía tenga razón.

–¡Mirad lo que pasó aquí! –nos dice con tono grave, señalando unas escaleras azules a unas manzanas de distancia.

Me inclino expectante y leo una placa dorada con el mensaje "En este sitio no sucedió nada en 1897". Humor americano, imagino.

El Barrio Francés siempre alimenta mi imaginación con su pasado, sus personajes y sorpresas ocultas. No hay ocasión en la que no esté dispuesto a sorprender con sus mil caras, como las que descubro al asomarme a los patios interiores de sus edificios, encerrados por verjas de hierro. Sus símbolos de protección fueron forjados por artesanos afrodescendientes durante el auge de la construcción del Vieux Carré, un

barrio que, a pesar de tener nombre francés, exhibe una arquitectura en gran parte de origen español debido a la reconstrucción llevada a cabo después de los incendios que lo destruyeron a finales del siglo XVIII.

Todo paseo por el Barrio Francés debe desembocar en Congo Square, el punto de encuentro de culturas africanas, europeas y caribeñas encargadas de moldear la urbe. Bajo un emblemático roble centenario, un espectáculo de tambores emula aquellas reuniones de esclavos en su día libre. La cita ineludible intenta perpetuar y conmemorar, cada domingo, el nacimiento del jazz en este lugar.

Junto al parque se ubica el antiguo cementerio de San Luis, cuyas tumbas sobreviven levantadas unos metros del suelo para evitar que acaben navegando por el océano en caso de inundaciones. Una escultura funérea sin cabeza y otra sin mano son testigos del rodaje de una de las escenas finales de la famosa película *Easy Rider*.

Seguimos a Mamanita, nuestra guía por el camposanto, mientras nos explica las curiosidades escondidas detrás de cada lápida. Un elegante *tignon* naranja envuelve su cabeza con gracia. Su cuello lo cubren numerosos aros de collares. No nos permite fotografiarla.

–No quiero que capturéis mi alma –se excusa–. Por eso tampoco existen imágenes de Marie Laveau.

Precisamente la casa de la "Reina del Vudú" es nuestra siguiente parada. La estructura actual, edificada después de su muerte, mantiene viva su leyenda. De las ventanas cuelgan ofrendas, amuletos y coleteros que recuerdan su oficio como peluquera. En la vía paralela accedemos al Museo Histórico del Vudú. En silencio absoluto, recorremos un pasillo siguiendo los cánticos indescifrables emitidos por Mamanita, que dan paso a espeluznantes historias sobre la explotación y la crueldad a la que eran sometidos los africanos: cámaras de tortura, piel usada para fabricar zapatos y bebés empleados como cebos para caimanes terminan de hacerme estremecer en una sala decorada con muñecos de vudú, velas, santos católicos y calaveras humanas. Al finalizar, me resulta difícil no emocionarme tras conocer estos atroces relatos inhumanos.

Mamanita me saca de mis íntimas reflexiones. Se quita el *tignon* dejando al descubierto su cabeza calva, y con mirada cómplice nos dice:

–Ahora sí, hagámonos una foto juntos.

Desde este instante sé lo que ocupa un alma humana: menos de los dieciséis gigas de mi tarjeta de memoria.

Por la noche, en nuestro hotel, el ascensor ignora el número 13. La superstición y las fuerzas naturales que dieron origen al vudú laten en cada rincón de la ciudad.

Nueva Orleans se despereza bajo una luz áurea a la mañana siguiente, invitándonos a descifrar más secretos, las casualidades exactas y fuerzas invisibles que siguen custodiando sus calles. Es el escenario perfecto para presenciar el Satchmo Sum-

merfest, el festival anual de jazz que conmemora el nacimiento de Louis Armstrong y el primero de cuantos viviremos durante nuestra prometedora travesía siguiendo la Ruta 61. El verano es la estación idónea para disfrutarlos y hemos calculado el viaje con precisión quirúrgica para exprimirlo al máximo.

Nos preparamos para este gran día desayunando *beignets*, los dulces por excelencia de la repostería local. En la cafetería, una silla plegable de colores chillones apoyada en la mesa contigua llama mi atención. Mis ojos siguen sus líneas naranjas y azules hasta su dueña. Ella me regala una cálida sonrisa entre sorbo y sorbo de café con achicoria.

–Es para sentarme en el festival –responde a una pregunta leída en mi mente–. Me llamo Elena Mateos.

Mi nombre y mi segundo apellido. Una extraña coincidencia que nos empuja a seguir charlando. Hay quien llamaría a esto casualidad; otros hablarían de señales. A mí me recuerda a esas pequeñas historias que la música de mi vida siempre ha sabido hilar con exactitud, como cuando una melodía reaparecía en el momento más inesperado. Quizá por eso acabamos hablando más de lo previsto, como si ese cruce uniera dos historias en un mismo compás, una coincidencia estadística hecha de conexiones.

Elena llegó a NOLA desde Filipinas persiguiendo un futuro que apenas podía imaginar. La ciudad la recibió con sus sonidos y mezcla de acentos. No tardó en enamorarse de su indomable energía, aprovechándola para sacar adelante a una familia. Así pasó, casi sin darse cuenta, a formar parte de la inagotable mezcla cultural que mantiene viva la identidad de un lugar donde nadie es del todo extranjero.

–¡Nos vemos luego en el festival! –nos despedimos con la sensación de haber presenciado una de esas coincidencias improbables que el viaje se empeña en poner en el camino y que quizá no se vuelva a repetir. Casualidad o destino.

El plan de la mañana es asistir a una misa góspel en el histórico barrio de Tremé.

Es nuestro último paseo por el Barrio Francés de camino a la iglesia de San Agustín. Mañana recogeremos el coche para adentrarnos por el interior del país, remontando el Misisipi hasta su nacimiento. Por el camino espera un largo recorrido de citas ineludibles y visitas especiales.

De momento me dejo llevar por las notas sincopadas que salen de los clubes de Bourbon, sintiendo que Nueva Orleans es una emoción perpetua. Una forma de afrontar la vida, pero también la muerte. Todo empieza aquí, al pulso de ritmos africanos y cánticos espirituales que fundieron culturas y derivaron en las primeras notas de jazz. Impregnado por el aroma especiado de la cocina criolla y cajún. Envuelto en el misticismo del vudú. Animado por el carácter amable y festivo de sus gentes. Acariciado por el céfiro del Misisipi. Giro la cabeza, captando una última imagen en la retina, *y pienso para mí misma: "What a wonderful world"*.

VIAJA A NUEVA ORLEANS TRAVÉS DE...

UNA CANCIÓN

BOURBON STREET PARADE
LOUIS AMSTRONG

IKO IKO
VERSIÓN DE THE DIXIE CUPS

UN ARTISTA

SWEET EMMA

LOUIS AMSTRONG

DR. JOHN

UNA SERIE

TREMÉ

UNA PELÍCULA

UN TRANVÍA LLAMADO DESEO

EASY RIDER

EL CURIOSO CASO DE BENJAMÍN BUTTON

UN LIBRO

ENTREVISTA CON EL VAMPIRO,
ANNE RICE

LA ESPUMA DE LOS DÍAS,
BORIS VIAN

LA CONJURA DE LOS NECIOS,
JOHN KENNEDY TOOLE

UN POCO DE HISTORIA

Ni los incendios que, en repetidas ocasiones redujeron a cenizas sus calles, ni las inundaciones y huracanes que la han sacudido con furia a lo largo de su historia han podido acabar con el alegre espíritu de Nueva Orleans. Sus desastres naturales solo han servido para que esta ciudad, que palpita a unos 160 kilómetros de la desembocadura del Misisipi, se levante con más fuerza y energía, sin dejar de dar forma a una fascinante cultura. Hecha de raíces francesas, españolas, caribeñas y africanas, NOLA, su popularizada abreviatura, fue fundada en 1718 por Jean-Baptiste Le Moyne de Bienville bajo el dominio de Francia, aunque su población también estaba compuesta por irlandeses, alemanes o italianos. Con el segundo río más largo de América como protagonista, era un importante punto estratégico: puerta de entrada al continente desde el Golfo de México y punto de conexión comercial entre el interior de América y el océano.

A partir de 1720 comenzaron a llegar esclavos desde las islas del Caribe, aportando sus lenguas, ritmos y creencias que acabaron fundiéndose con las costumbres europeas. De esta fusión nació una rica identidad cultural que marca el carácter de la imparable urbe haciéndola única.

Tras la Guerra de los Siete Años, en 1762, Francia cedió el territorio de Luisiana a España mediante el Tratado de Fontainebleau, pero la transferencia no se haría efectiva hasta 1766. Los españoles gobernarían durante casi cuarenta años, comandados por personajes como Antonio de Ulloa, Alejandro O'Reilly y Bernardo de Gálvez. Este último fue una figura clave durante la Guerra de Independencia de Estados Unidos. Desde Nueva Orleans controló el Misisipi y luchó contra los británicos consiguiendo victorias como la de Pensacola, en 1781, que contribuyó a la independencia de las colonias americanas. Del periodo español aún se conservan algunos nombres de sus calles, entre las que destaca la de San Felipe.

Mediante el Tratado de San Ildefonso, España devolvió Nueva Orleans a Francia. Napoleón Bonaparte, ante la necesidad de fondos para sufragar sus guerras europeas, no tardaría mucho en vender el territorio a Estados Unidos por 15 millones de dóla-



res. A pesar de empezar a formar parte de un joven país, sus fuertes raíces siguieron germinando. Para empaparse de su pasado será fundamental perderse entre la arquitectura colonial del Barrio Francés. Coloridos edificios, adornados por balcones de hierro forjado, encierran bonitos patios interiores que, simple vista, el turista no aprecia. Será paseando despacio por sus calles y asomándose a sus recovecos cuando ese otro mundo que esconde el encantador barrio se muestre con toda su esencia.

El río Misisipi continuó ejerciendo como arteria fundamental, comunicando lenguas, religiones, cocinas y músicas, y Nueva Orleans como puerta al Atlántico. Un puerto que vería aumentar su prosperidad con el comercio del azúcar y del algodón. Pero este cosmopolitismo también llevó a la corrupción y atrajo a las mafias, que encontraron aquí el lugar perfecto para dedicarse al contrabando y al juego.

La ciudad volvió a resurgir de sus cenizas cuando fue sacudida por el huracán Betsy, en 1965. En 2005 sería el Katrina el culpable de mostrar su resistencia una vez más. El huracán rompió los diques que protegían esta urbe levantada bajo el nivel del mar, dejando barrios enteros sumergidos bajo el agua. Más de un millar de muertos y cerca de un millón de desplazados, que se llevaron la música consigo, fueron algunas de las consecuencias de esta catástrofe.

ESCUCHA LA HERENCIA MUSICAL DE NUEVA ORLEANS EN CUALQUIER MOMENTO, Y DESDE CUALQUIER LUGAR EN www.wwoz.org , UNA EMISORA LOCAL QUE REPRODUCE TAMBIÉN A TRAVÉS DE INTERNET.



Pese a todo, o tal vez por esa fortaleza que caracteriza a Nueva Orleans, nos encontramos ante una ciudad de fuerte personalidad, donde el pecado y el caos se conjugan a la perfección con el arte y la belleza. Una ciudad que conquista nada más poner el pie en esas calles que palpitan con el dolor y la fuerza de sus gentes convertida en melodía.

EL SONIDO DE NUEVA ORLEANS

La historia de Nueva Orleans se desarrolló acompasada por la música. Los instrumentos europeos se mezclaban con cantos espirituales y ritmos caribeños y africanos en la popular Congo Square, haciendo de los domingos una fiesta donde mantener viva la cultura a pesar de la esclavitud. Así nacería el jazz, evolucionando a partir del blues y del ragtime. Este nuevo género estaba presente en cada momento de la vida local, ya fuera nacimiento o muerte. Pero esa expresión de alegría y dolor transformados en arte se vio truncada en 1917, cuando las autoridades, presionadas por los sectores más conservadores, prohibieron la música en muchas de las calles, y Storyville, barrio de prostíbulos y bares donde tocaban la mayoría de los músicos y pioneros del jazz, fue clausurado. La censura se recrudeció y muchos artistas emigraron hacia Nueva York, San Luis, Kansas City o Chicago, esparciendo los ritmos sincopados del jazz por todo Estados Unidos.
No obstante, el origen del género fue muy discutido entre quienes defendían sus inicios en lugares como Chicago o Nueva York. Cuando el escritor Donald M. Marquis publicó en 1978 el libro "Buscando a Buddy Bolden: El primer hombre del Jazz", los debates se silenciaron. Bolden, nacido en 1877, ejerció la profesión de barbero heredada de su padre, aunque su verdadera pasión era la corneta, con la que creó un sonido muy particular que fusionaba elementos del ragtime y el blues. Por otro lado, el pianista Jelly Roll Morton (1890-1941), afirmaba ser él quien había inventado el jazz en los burdeles del barrio Storyville. Músicos como Joe "King" Oliver o Louis Armstrong serían, finalmente, quienes llevarían el jazz más allá de las fronteras de Nueva Orleans.

¿Qué es una Brass Band?

Las bandas de metales, o brass bands, conforman el espíritu sonoro de Nueva Orleans. Compuestas por trombones, tubas, tambores y trompetas, son el resultado de la mezcla entre las bandas militares europeas y las tradiciones musicales africanas. Las bandas acompañan el día a día de la ciudad para festejar nacimientos, animar fiestas –con el Mardi Gras a la cabeza–, aniversarios o acompañar los continuos desfiles que recorren sus calles. Además, las brass bands están presentes en los funerales como un modo de celebrar la vida del difunto. Estos "funerales de jazz" se convierten, de igual manera, en desfiles que dan inicio con lentas melodías para acabar en ritmos alegres acompañando al fallecido a su descanso eterno.



QUÉ VISITAR
en NUEVA ORLEANS



BARRIO FRANCÉS (FRENCH QUARTER)

El centro histórico de Nueva Orleans es también el alma cultural de la ciudad. Fundado en 1718, sufrió varios incendios graves debido a su arquitectura original francesa de madera. Con la llegada de los españoles, el barrio fue reconstruido con ladrillo y se crearon patios interiores para prevenir nuevos siniestros. Sus balcones de hierro forjado, con decoraciones a base de símbolos de protección cincelados por artesanos afroamericanos, siguen sobresaliendo hoy en sus edificios con soportales. Tras sus coloridas fachadas se esconden verdaderos oasis urbanos.

Las calles del Barrio Francés, o Vieux Carré, mantienen vivas historias y leyendas entre música, arte, gastronomía criolla y mucha diversión. La más emblemática es **Bourbon Street**. Bautizada en honor a la dinastía de origen francés, y no al popular licor color ámbar como muchos piensan, siempre está preparada para la acción, con ciertos toques descarados y atrevidos. A lo largo de sus 1,5 kilómetros se suceden restaurantes, bares y clubes de jazz.

Otra de las calles icónicas del Barrio Francés es **Royal Street,** con galerías de arte, boutiques, tiendas de antigüedades y restaurantes que se prolongan desde Canal Street, atraviesan todo el barrio y se adentran en el de Marigny.

Muy cerca se encuentra **Jackson Square.** Esta histórica plaza –denominada anteriormente como Place d'Armes– fue el centro de fundación de Nueva Orleans. En la actualidad funciona como un parque rodeado de magos, músicos y pintores que exhiben su talento frente al Museo del Cabildo y la Catedral de San Luis, una de las más antiguas del país. En el centro galopa la estatua ecuestre de Andrew Jackson, general que defendió la ciudad de una invasión británica en enero de 1815. En una de las esquinas de la plaza, el restaurante **Muriel's Jackson Square** ofrece cocina criolla maridada con historias de fantasmas: se dice que el espíritu del antiguo propietario vaga aún por sus estancias. Empleados, clientes e investigadores han asegurado haber presenciado fenómenos paranormales.

Las historias de espíritus siguen en la **Mansión LaLaurie**, donde los vecinos aseguran escuchar lamentos y pasos durante las noches de tormenta. Por su parte, el **Museo Histórico del Vudú de Nueva Orleans** aborda las historias más sobrecogedoras vinculadas al racismo, como la del uso de bebés afroamericanos como cebo para caimanes, una práctica documentada en periódicos de la época. Aún más perturbador es el testimonio publicado en The Mercury en 1833, donde se relataba el caso de un médico que calzaba zapatos fabricados con piel humana. Para completar este recorrido por las leyendas del vudú, será imprescindible visitar la **Casa de Marie Lauveau,** punto de culto para curiosos y creyentes que dejan collares, coleteros y otras ofrendas en busca de protección espiritual.